

Andrés Rivera Hernández

Terra Nova

Terra Nova

Terra Nova

© 2018, Andrés Rivera Hernández
Todos los derechos reservados.
andrivher@hotmail.com

Cubierta: *Retrato de una mujer joven* / Sandro Botticelli.

ISBN: 9781720267492

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización del autor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la repografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

*A mis hijos;
Gabriela y Bernardo.*

*Antes del mar, de la tierra y del cielo que lo cubre todo,
la naturaleza ofrecía un sólo aspecto en el orbe entero,
al que llamaron Caos: una masa tosca y desordenada,
que no era más que un peso inerte y gérmenes
discordantes,
amontonados juntos, de cosas no bien unidas.*

OVIEDO

*... ¡Tierra buena, tierra buena!
Tierra que pone fin a nuestra pena.
tierra de oro, tierra bastecida,
tierra para hacer perpetua casa,
tierra con abundancia de comida,
tierra de grandes pueblos, tierra rasa,
tierra donde se ve gente vestida,
y a sus tiempos no sabe mal la brasa;
tierra de bendición clara y serena,
tierra que pone fin a nuestra pena.*

*JUAN DE CASTELLANOS
Elegías de varones ilustres de Indias*

Quiero agradecer a las siguientes personas:

*Abel Martínez Martín,
profesor de la UPTC de Tunja;
Rósula Vargas de Castañeda,
quien me abrió las puertas de los archivos del Claustro
de
San Agustín;
Luz Marina Bautista,
generosa en su oficio como directora de la Biblioteca
Alfonso Patiño Rosselli, de Tunja;
Diana Bonnett,
historiadora y profesora de la Universidad de Los
Andes;
Lina María Pérez,
escritora;
Álvaro,
mi padre.*

I

Acacio Flórez arrastró con sigilo su cuerpo macizo hasta alcanzar la entrada de la caballeriza. Sentía los latidos de su corazón más fuertes que nunca y un sudor grueso, como aceite, le escurría por la frente. Su respiración, acompasada por el croar amplificado de las ranas, parecía un fuelle que exhalaba bocanadas de vapor, condensadas por el aire frío de la noche. Esperó unos instantes antes de descorrer con cautela la tranca que cerraba por fuera la puerta de madera para no despertar a nadie en la mansión de los patrones. Una vez adentro, aspiró el olor de las bestias guardadas, parecido al que emanaba su propio cuerpo. Acacio blandió las tijeras, las mismas que afilaba con empeño a diario para esquilar el ganado lanar de su patrón, don Ricardo de Casares. La luz de la luna se colaba por las claraboyas de la caballeriza, lo que le facilitó divisar la figura imponente de *Bartolomé*, el caballo andaluz del amo. Se pasó el dorso de la mano izquierda por la frente para barrer el sudor al tiempo que detalló los enormes ojos del semental, preparados para mirar la muerte de frente. Se le acercó despacio, le acarició la cabeza y le murmuró un susurro tranquilizador, a pesar del cual el purasangre relincho y retrocedió hasta golpear con sus ancas enormes los tablones de la pared. Acacio esperó a que se apaciguara. Luego, concentró todas sus fuerzas en su mano derecha y clavó repetidamente las tijeras de esquilar ovejas en el cuello del animal. Varios chorros de

sangre salpicaron su rostro, le quemaron las manos y los brazos y le bañaron los muslos. *Bartolomé* se desplomó como un bulto de arena que levantó una estela de polvo y paja, embotando los sentidos del asesino, quien debió cubrirse los ojos y la nariz. La calma de la noche volvió a imperar y fue rota únicamente por la respiración entrecortada de Acacio y el galope desbocado de su corazón. El calor de la sangre, que momentos antes le quemaba el cuerpo, se volvió frío y pegajoso. Sin que le temblara el pulso, tentó el pescuezo de su presa, la cual yacía tendida de medio lado con una mirada suplicante que parecía alumbrar la oscuridad del lugar. Con pericia de carnicero utilizó las tijeras para cercenar los tejidos, los músculos y los tendones, hasta llegar al hueso. A continuación, empuñó una hachuela que llevaba al cinto para decapitar de un tajo al animal. La cabeza rodó, como si tuviera vida propia, hasta detenerse contra un pilar de madera. Acacio la introdujo en un saco de lona y guardó las tijeras de esquilar y la hachuela en los respectivos estuches que pendían de la correa de su pantalón. Miró por última vez el cuerpo inerte del equino, se terció el botín a la espalda, salió de la caballeriza y aseguró nuevamente la pesada puerta con la tranca. Afuera, varias ráfagas de aire frío le devolvieron la serenidad y las fuerzas para huir. «Va a ser un día de lluvia», pensó, mientras trepó como un felino por uno de los muros de bahareque que cercaban el lugar. Antes de desaparecer, advirtió múltiples hilos de luz que se filtraban por las rendijas de los ventanales de madera de la hacienda. Reconoció el coche del galeno Olivier Baptiste aparcado bajo los gigantes brazos del roble, sembrado en el centro de una pequeña rotonda.

Dentro de la habitación conyugal de la hacienda, el francés trataba de detener una hemorragia que amenazaba con arrebatarle el último hálito de vida a Juana María. Lo asistía Mercedes Patria, quien en forma solícita le pasaba toallas calientes y limpias a medida que

Olivier las requería. Así mismo, la criada le secaba el sudor de la frente y le enjugaba el vapor que empañaba las lentes de los quevedos afinados sobre el filo de su nariz. Varios troncos de carbón de palo ardían sobre tres braseros colocados en la alcoba para calentarla. Rayos de luz, emanados de varios candeleros, recreaban un juego de siluetas que se dibujaban en los muros como sombras chinescas.

A las diez de la noche, Ricardo de Casares había salido de urgencia en busca del francés porque su esposa se sentía indispuesta desde hacía varios días y su estado se agravaba. Llevaba horas revolcándose sudorosa en su cama de casada, rabiosa como un siervo herido, con el rostro pálido, víctima de una fiebre contumaz que no cedía con los paños de agua fría que Mercedes le aplicaba en la frente y las axilas.

Antes de examinar a la enferma, Olivier ordenó vestirla con una bata inmaculada, accesible a los sentidos de su tacto gracias a una ranura de buen tamaño dispuesta a la altura del estómago. Acercó un sillón al borde de la cama de granadillo, le tomó el pulso y lo cronometró con el minuterio del reloj de leontina que extrajo de uno de los bolsillos de su chaleco. Con la colaboración de la Mercedes, quien sostuvo el cuerpo ingravido de Juana María, apoyó su oído experto sobre la reja costal de la enferma y susurró algunas exclamaciones. Acto seguido, percutió la espalda con la gracia de un tamborilero buscando algún signo que lo guiara hacia un diagnóstico seguro. Recostada nuevamente contra el respaldar de la cama, auscultó su pecho, abrumado por las turbulencias lejanas de su joven corazón. Luego y con sigilo, introdujo su mano por la ranura de la bata para examinarla. Inició su exploración por el cuello, en busca de ganglios inflamados. Siguió con el abdomen, el cual dividió imaginariamente en seis cuadrantes que examinó concienzudamente. En la parte baja, por encima del vello triangulado y escaso del pubis, palpó una masa sospechosa. Ante tal

hallazgo, despojó con delicadeza a la enferma del calzón. Varios coágulos de sangre fresca, así como los restos de un embarazo perdido, mancharon el juego de sábanas de seda bordadas con las iniciales de Juana María. Mercedes contempló el diminuto feto expulsado de las entrañas y soltó un sollozo, pues entendió qué, después de seis años de casada, su patrona no daría a luz.

Olivier extrajo varias redomas de cristal de diferente tamaño de su maletín de médico. Vertió una dosis de opio en una medida de agua, la cual obligó a tragar a la esposa de Ricardo de Casares. Esperó hasta que los delirios de la fiebre se confundieron con las alucinaciones propias del narcótico, fenómeno constatado en su mirada vidriosa. El galeno se lavó las manos con jabón de totumo en una jofaina que le acercó Mercedes. Con parsimonia, envolvió un pedazo de tela empapado en alcohol entre los dedos índice y medio de su mano derecha, se acomodó junto a la enferma y ordenó a la criada mantenerle abiertas y recogidas las piernas. Olivier retuvo el aliento e introdujo los dedos con determinación por la vagina de su paciente mientras que con la otra mano presionó con fuerza la parte baja del abdomen para contener el fondo de la matriz. A pesar de los efectos del narcótico, Juana María pegó un grito desgarrador que resonó en toda la mansión, sumida hasta entonces en el silencio de la noche, antes de caer desmayada. Con diligencia y rapidez, el galeno repasó la cavidad uterina para limpiarla en su totalidad de cualquier resto de placenta.

—Necesitamos bajarle la fiebre de inmediato a *madame*. *C'est très important!* —recalcó preocupado.

El francés mandó a llenar la pila de piedra del baño. La receta fue acatada en el acto por Inocencio, quien esperaba órdenes sentado en un escabel contra uno de los muros del patio. Calentó suficiente agua en una olla de barro grande colocada sobre el fogón de

piedras de la cocina y apareció lo más pronto que pudo con varios baldes repletos.

Cuando el gallo avisó con su canto el amanecer del nuevo día, Olivier traspasó el umbral del salón principal y se dirigió al estudio, donde lo esperaba impaciente Ricardo de Casares.

—*Je suis desolé!* Lo siento; *mon cher ami!* Era imposible evitar que las entrañas de vuestra esposa escupieran el crío que seguro esperabais con ansias desde hacía algunos meses.

Habló quedamente, con el cansancio de varias horas de trabajo acumulado en el cuello y la espalda. Enjugó los vidrios del anteojó por enésima vez, como si fuera más una maña.

—Ahora habrá que rezar para que no haya infección y se recupere satisfactoriamente —tomó aliento para poder terminar con las malas noticias—. De salvarse, va a ser difícil que vuelva a quedar en estado de gracia. *C'est très, très compliqué!*

Sin que le diera tiempo de explicar más detalles, Ricardo de Casares lo apercolló por la solapa y lo trincó contra una de las paredes del salón.

—¡Eso es imposible! ¡Sencillamente imposible! ¡Sois un bastardo mentiroso! —gritó fuera de control.

Olivier logró zafarse de las manos que lo aferraban y le robaban la respiración sin comprender la reacción desmedida del dueño de casa. Un silencio denso se apoderó del recinto, roto al cabo de unos minutos por el agresor.

—Lo siento, no sabía que ella... —el español dejó la frase inconclusa, como si rebuscara las palabras en lo más profundo de su cabeza—. Nosotros nunca... —balbuceó en tono acongojado, esforzándose por hablar, dejando nuevamente su pensamiento en el limbo.

Olivier se tomó el atrevimiento de servir dos tragos de brandy dispuesto en una mesita auxiliar. Bebió el suyo y puso el otro

en la mano de Ricardo de Casares, quien dejó caer su cuerpo pesadamente en el sillón frailerero.

—¡Bebed! —le ordenó—; de buena fe que lo necesitáis, os lo aseguro.

El dueño de casa obedeció con la mirada atravesada por el odio.